

ORIGEN DE NUESTRAS ESCUELAS, SU ESPLENDOR Y DECADENCIA

Los tiempos que inmediatamente siguieron á la conquista de España por los árabes, no hubieron de ser en manera alguna favorables al estudio y al cultivo de las ciencias. Las escuelas que durante la monarquía goda habían existido, restos las unas de las establecidas por los romanos, creadas las otras por el clero, desaparecieron casi todas en aquella gran catástrofe; y las pocas que para la educación de los fieles quedaron en el territorio ocupado por los moros, y consentidas por éstos, perdieron toda importancia al lado de las más célebres que erigió la ilustración de los dominadores. En cuanto á los cristianos libres, reducidos á las asperezas de Covadonga, ocupados primero en defenderse contra el poder formidable de sus enemigos, y luego en recuperar palmo á palmo la tierra de sus mayores, sólo el ejercicio de las armas era entonces entre ellos de sazón, no quedándoles lugar para las pacíficas tareas del entendimiento. Guerreros y no estudiantes se necesi-

taban en tan tremenda crisis: todos eran soldados; y hasta los ministros del altar, á quienes más particularmente incumbía el conservar la moribunda antorcha del saber, tenían que abandonar la pluma por la espada y lanzarse á los combates en defensa de su Dios y de su patria.

Era además la época en que por toda Europa se eclipsaban los últimos restos de la civilización antigua. En vano Carlo-Magno procuró detener la decadencia dando nuevo impulso á los estudios: ocupado á su muerte el Occidente en la larga elaboración del feudalismo, triste fin que tuvo su dilatado imperio, se completó la barbarie á que habían dado principio las invasiones septentrionales; y durante más de tres siglos, castillos y no escuelas se alzaban por doquiera; armas y no libros se fabricaban; guerras y no discusiones literarias se promovía entre los conmovidos pueblos.

Pero no está la especie humana destinada á padecer un eclipse que le envuelva entera en las perdurables sombras de la ignorancia, y siempre existe un principio conservador, que alimenta la fuerza vital y progresiva del entendimiento.

Error fuera creer que durante aquellos siglos llamados de barbarie, se apagó del todo la luz de la ciencia, sin que nada quedase de la obra de Carlo-Magno. El hijo y los nietos de este grande hombre, educados en la escuela palatina, blasonaban de doctos; y en medio de sus interminables guerras, dispensaron protección á la enseñanza. El clero, depositario entonces del saber, coadyuvaba á sus miras, sosteniendo, en iglesias y monasterios, algunas escuelas; donde se aprendía gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, astronomía y música. Verdad es que estos estudios apenas aprovechaban más que á los que seguían la carrera eclesiástica: los seculares abandonaban cada vez más las escuelas; y las invasiones normandas, la disolución de los últimos restos del imperio Carlovingio, produjeron, aún en el clero, si no retroceso, al menos paralización respecto de la enseñanza, la cual no volvió á dar señales de vida hasta que, asentada de un modo firme en el trono la dinastía de los Capetos, fué organizándose la universidad de París, origen y vehículo de la ilustración francesa.

Entonces, en aquella gran reunión de maestros y alumnos que de todo el orbe acudían, Guillermo de Champeaux, Pedro Lombardo, Roscelino, Abelardo y otros sabios elocuentes, produjeron un movimiento intelectual inmenso, movimiento que, extendiéndose á todas partes, fué, por decirlo así, el despertador del genio europeo, que desde entonces empezó á desplegar el vuelo que á tanto se ha remontado en los tiempos modernos. El siglo XII, tan despreciado generalmente cuando se pondera la ignorancia de la Edad Media, es, sin embargo, uno de los que más sobresalen en los anales del mundo, porque en él se ve á la civilización recibir un poderoso impulso para entrar en nuevas vías de actividad y progreso. Las grandes cuestiones literarias y filosóficas, saliendo de la obscuridad de los claustros, se controvierten á la luz del día, se apoderan de todas las cabezas pensadoras, y producen ruidosas disputas, en las que si bien no faltan intolerancia y persecuciones, hay movimiento y vida. Porque el entendimiento humano, en su laboriosa carrera, no camina sino entre escollos, que, si á veces le detienen,

sirven también para darle más bríos con los rudos combates á que se ve obligado. El siglo XII fué, pues, el punto de partida de la civilización europea: en él la enseñanza adquirió grande importancia, y empezó á organizarse por todos lados: en él creáronse multitud de escuelas; y de aquella época data el origen de las más célebres universidades.

Acontecimiento es este notable, no sólo por la grande extensión que adquirieron los estudios, sino también por ser el primer paso que se dió para la secularización de la enseñanza. Esta entonces salió de las iglesias y monasterios para fijarse en escuelas propiamente tales, sin otro destino que el de la instrucción pública. A la verdad, hasta mucho tiempo después, fueron aún clérigos y monjes los que regentaron las cátedras; pero ya no lo hacían como ocupación inherente á su estado, sino á fuer de sabios, circunstancia que, alcanzando también á los seglares, les abría las puertas de la universidad para brillar en ella. Así se fué formando poco á poco una clase de hombres exclusivamente dedicados al profesorado, y que, reclutándose cada vez más en el

siglo, tenían que traer un tiempo en que los lazos entre el templo y las escuelas quedasen de todo punto disueltos.

Si en las orillas del Sena, como también en las del Támesis, del Pó, y en otros puntos de Europa, renacía de esta suerte la civilización, no sucedía lo mismo en el Norte de la Península ibérica, colocado en circunstancias menos favorables, y donde el retroceso intelectual hubo de ser espantoso. Hasta la batalla de Calatañazor, que acabó con el más formidable enemigo de los cristianos, dando principio á la decadencia del imperio de los Omniades, ningún punto de los habitados por aquéllos se hallaba á cubierto de la devastación. La capital misma de los monarcas leoneses se vió más de una vez abandonada ó destruída; y en tal estado, no podían existir escuelas, que sólo viven á la sombra de la paz y requieren estabilidad para desarrollarse. Dábanse únicamente en algunas iglesias y monasterios las enseñanzas más necesarias al clero, acudiendo á Francia ó Italia los que anhelaban mayor perfección en los conocimientos de la época.

Otra era la suerte de las letras en el Mediodía de España, donde, desde los primeros años de la conquista, asentaron los moros su imperio sin contradicción alguna, manteniendo viva, por medio de sus comunicaciones con el Oriente, una civilización especial, que así se prestaba á los encantos de la más exuberante poesía, como á las abstracciones de las ciencias exactas y á las sutilezas de la metafísica. Los árabes, pasado que hubo el primer ímpetu de su fanatismo, conquistador, luego que se vieron dueños de las más bellas regiones asiáticas, donde se conservaban esplendorosos restos del saber antiguo, no pudieron menos de sentirse avasallados por los portentos de las artes, que los rodeaban, y por la influencia de los que, si bien esclavos suyos, los aventajaban tanto en ilustración y cultura. Amantes de la poesía, de ingenio vivo y penetrante, de comprensión fácil, aunque más sutiles que profundos, abandonaron pronto sus intentos destructores, y se dedicaron al cultivo de las letras y ciencias, dándoles cierto carácter peculiar, que después influyó no poco en la cultura europea. Preciso es hacerles

justicia. A pesar del descrédito que sobre ellos ha dejado el hecho de Omar, mal comprobado en la historia, no estuvieron animados del espíritu devastador que acompañara á los septentrionales. Trajeron éstos, es verdad, en sus costumbres y leyes, principios que desarrollados á su tiempo, han sido favorables á la civilización del mundo; pero al arrojarse sobre el coloso romano, hubo entre ellos y los musulmanes la enorme diferencia de presentarse los primeros como destructores del saber de los vencidos, mientras los segundos se envanecieron con el papel de continuadores. Los árabes, por la influencia que al fin ejercieron sobre el Occidente, hicieron retroceder la barbarie que le cubría. Remontáronse á las fuentes eternas de la sabiduría griega; y no contentos con salvar el tesoro de los conocimientos adquiridos, abrieron nuevas vías al estudio de las ciencias y de la naturaleza. Las matemáticas, la geografía, la astronomía, la medicina, fueron objeto de sus desvelos. Tradujeron la mayor parte de las obras científicas de los griegos, particularmente las de Aristóteles y Ptolomeo; dieron

á conocer los guarismos, que llevan su nombre y que tanto han influido en las ciencias del cálculo; crearon, por decirlo así, el álgebra, que los griegos no habían hecho más que divisar; fundaron las ciencias químicas, aunque con ellas trataron sólo de hallar el oro y la panacea universal; hicieron la primera medición del meridiano terrestre; fueron tal vez los introductores del papel, de la pólvora, de la brújula y de otros inventos de sumo trascendencia, atribuidos á la Edad Media; y en fin, produjeron gran número de sabios que, extendiéndose por todas partes, llevaron al Occidente la fama de su ciencia y los gérmenes de una nueva cultura. No se quedaron atrás sus hermanos de España, y antes bien los aventajaron, conservando por más tiempo la antorcha del saber que en Asia se fué extinguiendo en medio de las continuas revoluciones que sufrieron aquellos desventurados países; y las escuelas, academias y demás establecimientos de Andalucía, en que muchos encuentran el origen y modelo de las universidades, juntamente con los hombres doctos que formaban, adquirieron tal celebridad,

que desde los puntos más remotos acudían cuantos, impulsados por el ansia de instrucción, querían beberla en sus más puras y abundantes fuentes.

Otra raza, maldecida entonces, contribuía, con la mahometana, á propagar las luces. Sin patria fija, ó por mejor decir, teniendo por patria todas las naciones, los judíos se dedicaron principalmente á la medicina, y por lo tanto al estudio de la naturaleza, brillando también muchos en las demás ciencias y la literatura. Fundaron primero en Oriente sus célebres academias ó escuelas, llamadas Yesebot, y las trajeron luego á Europa, no siendo España la que menos participó de este beneficio. Cuando todo el que no era clérigo ó monje se hallaba sumergido en la más profunda ignorancia, estos sectarios cosmopolitas, dotados de suma actividad, además de ser el principal vehículo del comercio, hacían el oficio de traficantes del saber humano. Corriendo muchas tierras, recogían las riquezas científicas de cada país para llevarlas á los demás, desenterraban libros perdidos, los copiaban y traducían, enseñaban en no pocas partes, curaban en

las más, y haciéndose indispensables en todas, adquirieron suma influencia en los palacios de los reyes, en los castillos feudales y en las más célebres escuelas, sembrando por donde quiera semillas preciosas que no tardaron en florecer y dar ópimos frutos.

Algunas escuelas en iglesias y monasterios, particularmente las que fundaron los monjes de Cluni, que hacia el siglo XI se introdujeron en la Península; viajes por Francia y por la parte de España sujeta á los musulmanes; el trato con moros y judíos y con los extranjeros que el comercio, la devoción ú otros motivos atraían á las poco cultas ciudades de León y Castilla; he aquí, pues, los únicos medios de instrucción que los habitantes de estos reinos tuvieron durante el triste período de prueba y sufrimiento que atravesaron, hasta que, conquistada por Alfonso VI la antigua capital del imperio godo, quedó decidida la superioridad de los cristianos, pudiendo ya éstos, seguros en sus hogares, pensar en otra cosa que no fuese la guerra y las artes de defensa ó de exterminio.

Así es, que aquel monarca, ansioso en-

tonces de promover mayor cultura en sus atrasados pueblos, creó en el monasterio de benedictinos de Sahagún una escuela que, bajo sus auspicios, se hizo muy pronto famosa, concurriendo á ella, no sólo monjes, sino también seglares. Todavía hizo más el célebre vencedor de las Navas de Tolosa, el noble Alfonso VII de Castilla, que no contento con el laurel de guerrero, quiso aspirar al título de protector de las letras, y estableció en Palencia una academia general de estudios, que muchos citan como la primera Universidad de España, dotándola generosamente y atrayendo á ella los más doctos profesores de Francia é Italia, á quienes prodigó muy grandes recompensas. Siguiendo su ejemplo, el rey de León Alfonso IX fundó el estudio general de Salamanca, aunque con más escasez de recursos que el de Palencia, por cuya razón brilló menos entonces la escuela que pocos años después llegó á ser la lumbrera de España y una de las cuatro principales de todo el Occidente. En fin, Valladolid y otros pueblos tuvieron también estudios que, meramente eclesiásticos, pasaron á ser generales, ad-

quiriendo celebridad aun antes que los reyes y los papas los elevaran á superior categoría.

El gran San Fernando, que reunió para siempre bajo un mismo cetro las dos coronas de León y Castilla, y que en vez de estar á la defensiva, llevó sus armas á los campos andaluces, apoderándose de las más bellas regiones de España, de las ricas ciudades que durante cinco siglos habían sido el emporio de la civilización musulmana, pudo disponer de menos elementos de ilustración para sus pueblos, y concedió una decidida protección al estudio de Salamanca, que á poco tiempo eclipsó el de Palencia. Mientras éste desaparecía, aquél aumentaba su esplendor y gloria, y obtenida por fin la sanción pontificia, tomaba el título de universidad, logrando una de las épocas más brillantes de su historia bajo el sucesor del santo rey, su hijo Alfonso el Sabio, digno de este título por su inmensa erudición, ya que no por los aciertos de su gobierno. Entonces se establecieron nuevas cátedras de lenguas, retórica, medicina, matemáticas, música y otras útiles enseñanzas; entonces se tra-

dujeron al latín las mejores obras de los griegos, que los árabes nos dieron á conocer en su lengua, y las que éstos habían compuesto sobre matemáticas, química y medicina; entonces brillaron conocimientos astronómicos que los mismos árabes habían salvado del olvido, recibiendo una magnífica aplicación en las Tablas Alfonsinas; y entonces, por último, entrando los españoles en la carrera del saber con tanto más ardor cuanto mayor había sido su forzoso alejamiento de ella, hicieron tales progresos, que en breve, lejos de verse obligados á salir de su patria para buscar la ciencia en extranjeros climas, fueron ellos mismos objeto de admiración y envidia para los extraños.

Mientras así progresaban los pueblos sujetos á la corona de Castilla, no se quedaban en zaga los que componían la monarquía aragonesa. El condado de Barcelona, formando á veces un solo estado con la Provenza, y hablando la misma lengua, participó de su temprana civilización, y unidos después al reino de Aragón, le comunicó su cultura. Brillaron las letras en aquella parte de España,